Julia

Cristian Campos Duque

Image not found.

Capítulo 1

Querida Julia.
Esta será la cuarta carta que te escribo y será la cuarta que probablemente nunca leerás, porque como todos los escritos que han salido de la tinta de mi esfero, se fundirá al igual que las otras en el fuego de la estufa, y esparciré las cenizas como es habitual en el árbol que plantamos juntos. Te preguntaras por qué tengo ese extraño ritual en el que se evaporan las palabras, pero la respuesta no será aceptada como yo la percibo, y empezaras a creer que estoy loco, y que sin ti la cordura es poco asertiva. ¿Sabes? Te aprecio lo suficiente como para confesarme sobre este papel como testigo, me atreveré a decirte una única vez, tomando algunos instantes de tu eternidad, y espero que no insistas a que lo repita, pues tengo mis razones para no escribirte la historia de nuevo.
Como ya es costumbre, inicio mis cartas dirigidas hacia ti mencionándote como "Querida". Te parecerá extraño porque en ningún instante de la vida que compartimos te nombre así, algunas veces te decía Amor, otras Cielo, muy pocas ocasiones te dije Mi Vida, y tu nombre, el nombre impuesto por tus padres lo pronunciaba difícilmente, era un conjunto de letras extrañas en mi boca, que salían con dificultad, siempre frías, toscas, tajantes. Procuraba no decirte Julia, porque yo te bautice de nuevo, una y cien veces más cuando los obstáculos lo hacían necesario, y todos tus nombres puestos por mí, eran sinónimos de amor, de la felicidad que me causabas, de la vida que me dabas, y posteriormente de la vida que perdí. Querida, sabrás entonces que hubo un tiempo en el que tú eras mis ojos, y eras mis sentidos, y fue ese mismo tiempo en el que no llegaste a imaginar lo mucho que te quería, tanto fue mi querer, que los dolores de cabeza, los insomnios permanentes, la lucidez y la inspiración constantes, y las náuseas a destiempo, todas me indicaban que estaba enfermo, enfermo de amor. Creo no haberte lo dicho antes, porque no quería que reaccionaras y te fueras lejos, lo suficiente distante de mí, con la excusa de que este amor que habíamos sembrado nos hacía daño, y que lo mejor era que el tiempo y los kilómetros que nos separaran sanarían las heridas, síntomas y cicatrices. Confesare que me hubiese gustado esa reacción, porque sabría que existías sobre la faz de la tierra que Dios nos otorgó, y en alguna calle de cualquier ciudad nos encontraríamos de nuevo, más maduros, más centrados, y te abrazaría sin tenerte, y besaría tu mejilla como si siempre fuésemos amigos, nada más que amigos, y yo sabría que en el fondo eras infeliz con las decisiones que habrías de tomar en un posible vida: te casarías con un hombre que era hombre por su sexo y no por sus comportamientos, te oprimirías con su barriga en las noches y seria incomodo tu dormir, soñarías en que tus probables hijos llegarían a convertirse en la persona que duerme contigo, hijos mentirosos, torpes, ignorantes del poder de los compromisos. Y mientras yo te abrazo en la posible vida que imagino, sientiria que te quiero, como jamás lo hice

antes, como nunca jamás volveré a querer, y te lo diría al oído, haría mi voz aguda y ahogando las lágrimas para que no salgan de mis ojos, te lo susurrare pausadamente, para que lo sientas – Te quiero. Y será el momento adecuado para alejarme con una sonrisa, y con la voz distorsionada por la nostalgia, - Hasta luego- te diría, y tendría las esperanzas de que el destino me permitiera tenerte en mis brazos en un FUTURO cercano, porque estarías viva.

Pero el destino hizo poco probable mi fantasía soñada, porque en los tiempos que te mencione anteriormente, los mismos instantes en que me guarde algunos secretos para evitar espantarte, yo desperté una madrugada mientras dormías conmigo después de una fiesta, te sentí rara, diferente a las madrugadas en la que me besabas, en que estabas cálida y sonrojada, fue entonces cuando por fin vi lo que no quería presenciar, estabas ausente pero tenías tiempo para hacerme pedazos el corazón, partías hacia una posteridad incierta, y no volverías a abrir los ojos que me mostraban la realidad a través de lo mágico de tu presencia.

Han pasado ya muchos meses, creo que incluso son ya varios años, y no logro caminar por la calle, sin confundirte con las chicas rubias que transitan sonrientes, con las actrices de la televisión, con las palabras de mis escritores favoritos, incluso sonara obsesivo, pero creo verte hasta en las uñas de mis manos. Supongo ya crees que estoy loco pero no es del todo cierto, solo pretendo hacerte eterna, y recordarte entre líneas, para que mi mente tenga frescas tus memorias, para desahogarme de esta realidad sin ti.

¿Sabes? Creo que ahora eres un ángel, y como ángel sabrás interpretar el humo de las palabras que no te dije en vida, sonara un poco desequilibrado, pero cada una de las letras ascenderá a los cielos, mientras el papel agoniza en la hoguera y tu podrás sentir lo importante que has sido para mí y para la vida que llevo a cuestas. Querida Julia, cuídame de noche y de día, y sáname de la necesidad de verte y extrañarte todo el tiempo.

Te Quiero.